

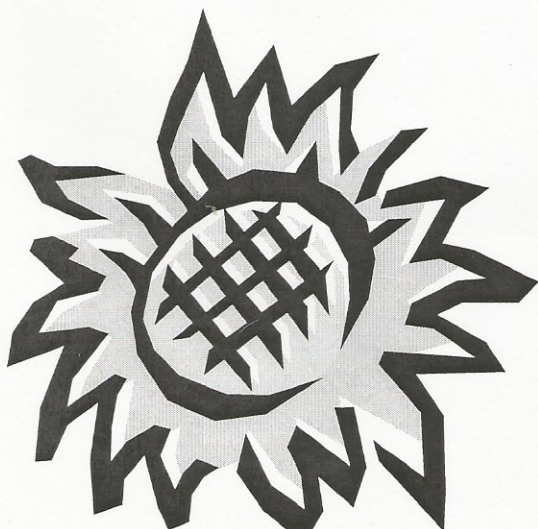
Alto Llano

ASOCIACION C. DE AMIGOS DE MASEGOSO

MASEGOSO DE TAJUÑA
(GUADALAJARA)



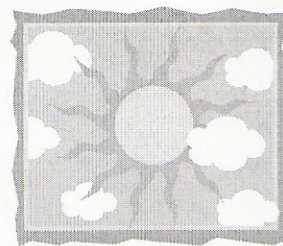
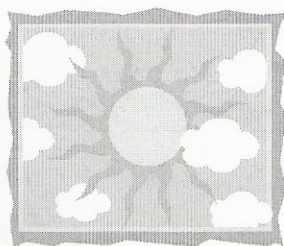
Un alto en el camino, en La Marcha por La Cañada



Nº VII
2ª Etapa
Primavera-Verano 2002

SUMARIO

- EDITORIAL
- VII MARCHA POR LA CAÑADA DE MERINAS
- LA MATANZA
- MI CALLE
- CARNAVAL EN LOS 60
- LA ESPIGA Y EL PAN
- MEMORIAS DE UN SUPERVIVIENTE
- DICCIONARIO ALCARREÑO
- RINCON DE LA POESIA
- EL RINCON DE LA BUENA MESA
- GRACIAS ANITA
- PASATIEMPOS



¡VAYA CALOR!

El calor es un asunto recurrente en los días del verano. Lo más natural es hacer mención al calor en los saludos y conversaciones entre amigos y vecinos. Pero sea cual sea la temperatura, hoy, quizás por el mayor confort de nuestras viviendas y, sobre todo, porque apenas tenemos que salir al campo, el calor no parece importarnos demasiado. Mejor dicho, hasta parece que lo necesitamos, y no concebimos que pueda hacer fresco en un día de verano porque, unido al calor, está ese sol de justicia que tuesta nuestra piel.

Una piel tostada, y lo que es peor, enrojecida y a veces llena de manchas, es todavía la mejor señal de que hemos disfrutado de unas buenas vacaciones, fuera de la ciudad. Pero hace menos de medio siglo ocurría justamente lo contrario. El color moreno era delator de la pertenencia a una clase social baja que no tenía más remedio que trabajar bajo el sol. Cuentan cómo las mujeres de principio de siglo se protegían del sol con sombrillas y que, en su afán por permanecer pálidas ingerían vinagre que les destruyese los glóbulos rojos. Si todavía quedaba en su piel algún vestigio del sol, los polvos de arroz corregían el exceso de color.

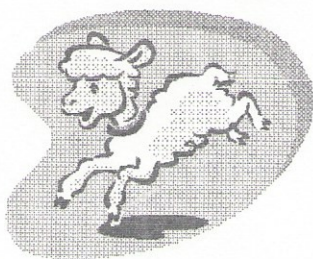
Pero no hace falta remontarse a las famosas ciudades de veraneo de principios de siglo para tener constancia del valor social de la palidez. ¿Quién no recuerda a las mozas y mujeres de nuestro pueblo yendo a segar con manguitos y una buena visera en el pañuelo que les ocultaba completamente la cara? Quizás esta buena costumbre es la que ha permitido que los temibles tumores cutáneos hayan sido desconocidos en nuestro pueblo. Pero ¿Qué pasará en el futuro?

Nadie pone en cuestión el beneficio del sol sobre nuestro sistema nervioso, tomado de forma prudente. A nadie se le escapa que en los días de verano nos sentimos más positivos y somos menos propensos a las depresiones. Tanto es así que en los países nórdicos recetan a sus ancianos y personas con episodios depresivos el tomar baños de sol. Pero sea esto en su justa medida, porque los dermatólogos han dado la alarma de que un exceso de sol, además de envejecer la piel, puede acarrear peligrosas consecuencias.

¿Nos animamos, entonces, a tomar el sol con precaución? Yo ya hace tiempo que hice mía la frase de un compañero que cuando le preguntaban por su palidez contestaba que, sus padres, que habían sido labradores como los míos, habían tomado sol para tres generaciones.

¡Feliz verano bajo la sombrilla, el sombrero y una eficaz crema protectora!

Asociación Cultural de Amigos de Masegoso

VII MARCHA POR LA CAÑADA REAL DE MERINAS SORIANO-ORIENTAL, HONTANARES-MASEGOSO DE TAJUÑA (15 DE JUNIO DE 2002)

Tras una calurosa noche todavía primaveral en el calendario, pero en realidad plenamente veraniega, amaneció el sábado elegido para nuestra cita anual con nuestros amigos y nuestra tradición.

En esta ocasión comenzaríamos nuestro recorrido en Hontanares, pueblo geográficamente muy cercano al nuestro pero muy poco visitado por nosotros. Para algunos, para muchos, ésta era la primera vez que ponían los pies allí, quedando gratamente sorprendidos por la frondosidad de los huertos y vallejitos que rodean al pueblo, aupado sobre una colina. No era mi caso. Yo sí conocía Hontanares. Lo visité cuando era pequeña, llegando hasta Cogollor en la camioneta de Trillo y desde allí, había que ir andando por un

ascendente y sinuoso, pero agradabilísimo camino, muy fresco, verde y sombreado. Aunque de ello hace mucho tiempo, mi recuerdo es muy nítido y grato. Una parte de mis orígenes está en Hontanares. Pues es el pueblo donde nació mi abuelo materno. Y todavía me queda algún familiar por allí, al que me resultó muy agradable volver a ver.

Una vez reunidos todos, y efectuados los saludos correspondientes, entre vecinos y amigos del pueblo, los entrañables amigos de Algora, nuestro querido Narciso de Henche, Javi de Las Inviernas, Miguel de Cuenca y tantos otros cuya amistad se ha ido forjando por la senda de las Cañadas, nos pusimos en marcha por un camino muy agradable rodeado de vegetación y abundante arbolado.

Una reguera de agua cristalina, el lavadero público, con su techumbre de madera muy bien conservada y un impresionante campo de amapolas fue lo primero



Lavadero de Hontanares

que encontramos tras bajar una cuestecilla e ir dejando a nuestra espalda el pueblo.

Un poco más adelante, y subiendo una ligera pendiente un cómodo y bien dibujado camino en el que árboles y arroyos ya no había, pero si hermosos cultivos de secano, nos conduciría dejando a nuestra derecha Alaminos hasta el término municipal de Las Inviernas, en paralelo con la vía en construcción del AVE, que ha alterado la planicie del paisaje creando algunos montículos artificiales para dar paso a puentes

y empalmes de carretera, además de la alteración que produce la vía en sí misma.

Algunas camadas de pollos de perdiz atravesaban asustadas la Cañada, seguramente sorprendidas por tan inesperado bullicio. Por desgracia, varios vertederos de latas herrumbrosas nos recordaron cómo todavía algunas personas son capaces de destrozar y ocupar un bien que es propiedad de todos.

En esta ocasión éramos muchos, quizá por ello y porque algunos se detuvieron a visitar la

iglesia de Hontanares, mientras otros ya habían empezado a caminar, el grupo no era muy compacto. Así que, los primeros decidieron esperar a los demás en la única sombra que había por allí, la que proporcionaba el puente bajo el cual cruzamos la carretera de Alaminos. De las mochilas salieron entonces las cantimploras, las botellas de agua, algunos bocadillos, los guisantes del huerto de Dionisio y por supuesto la bota de vino de Narciso, que fue pasando de mano en mano.

Cruzada la carretera empezaron a ser frecuentes algunas encinas a ambos lados del camino.

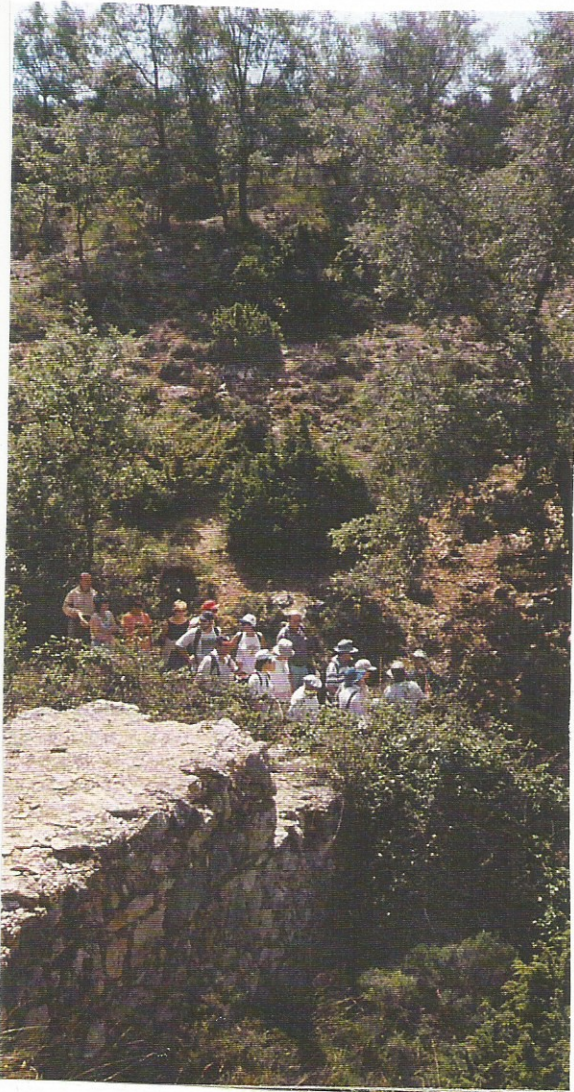
Hacía mucho calor, pero un ligero airecillo que soplabá por allí nos proporcionaba un gran alivio.

Hicimos una segunda parada al llegar a la incorporación con la Cañada Real, que desde Cameros, en La Rioja, se dirige al Valle de Alcudia, en Ciudad Real, puesto que veníamos por uno de sus ramales. Allí cambiamos de dirección, girando en ángulo recto y empezando a caminar en dirección sur, hacia Masegoso; dejando a nuestra espalda la vía del tren con sus alambradas. Desde por allí pudimos divisar la silueta lejana de Las Tetás de Viana.



Chozo para la caza, en el término de Las Inviernas

Cuando penetramos en el término de Las Inviernas fue nuestro amigo Javi Pardos el que tomó la cabeza de la marcha. Todo el grupo nos arremolinamos en torno a él para poder disfrutar de las numerosas anécdotas que atesora sobre el término de su pueblo.



Muro que cruza La Cañada, para impedir el paso de las tropas durante la Guerra Civil

Inmensos cultivos de cebada se extendían ante nosotros, salpicados ocasionalmente por algunos trozos de terreno completamente de color rojo, es decir, cuajados de amapolas, que resaltaban sobre el verde de las cebadas produciendo un bonito contraste mientras, poco a poco, nos fuimos adentrando en el monte dejando atrás el llano y los cultivos y empezando a bajar una pequeña pendiente.

En el camino, que aún seguía perfectamente dibujado, pudimos reconocer, porque Dionisio nos lo explicó, la utilidad que en su día tuvieron los restos de un grueso muro de piedra construido en la guerra civil, para impedir el paso a los tanques, ilustrándonos también con los movimientos del frente de batalla.

Por su parte, Nicolás Mayor, nuestro geólogo, nos permitió saber como las Tetas de Viana o el Risco, no son plegamientos montañosos, sino los bordes o "testigos" de los estratos que forman la llanura de La Alcarria.

Un poco más adelante el camino prácticamente desapareció durante un trecho. El calor era

sofocante. El ligero airecillo ahora no soplabá. Las botellas de agua ya estaban prácticamente vacías y el reloj andaba ya sobre las dos de la tarde. Pero enseguida distinguimos El Tiricuende y El Risco y volvió a aparecer el camino. Aún faltaba un buen trecho, pero desde allí, los de Masegoso ya casi nos sentíamos en casa, era nuestro territorio.

Al cabo de un rato, asomamos al pueblo por el Alto Llano, para abreviar un poco, y al llegar a las primeras casas ya percibimos el olorcillo de la comida que nos esperaba en la plaza.

Llegamos en el momento justo. La frescura de los soportales de la plaza nos deparó un agradable almuerzo por gentileza de las Asociaciones Culturales de Masegoso y Algora, que degustamos juntos, caminantes y no caminantes.

Para no sucumbir a la modorrilla de la tarde, los chicos de la Asociación Cultural nos pasaron el documental "Vida de pastor" muy apreciado por los que lo seguimos cobijados por el frescor del Horno. Hubo también ocasión de visitar el Museo, tomar un café y charlar con los amigos.

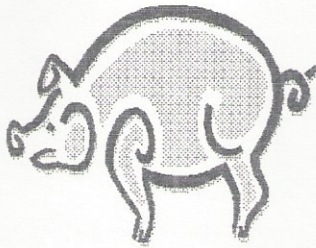
Luego, con la caída de la tarde, la actividad continuó en la Plaza Mayor, con un buen cante. Los jóvenes aprovecharon la convocatoria para recordarnos que falta poco para la fiesta y que se necesitaba dinero, por lo que nos tuvieron entretenidos con un bingo hasta que llegó la noche. El señor alcalde y los señores concejales también aprovecharon el tenernos a todos juntos para recordarnos la importancia que tiene para el pueblo que suba el padrón de sus habitantes.

El ambiente era agradable y relajado y hasta salieron a cantar, invitados por los cantantes, algunos voluntarios que lo hicieron estupendamente, sorprendiéndonos a todos con sus cualidades artísticas. Uno de ellos era el Crecen. Y el Crecen, como bien sabemos algunos, sólo canta en público en las ocasiones especiales.

Cumplidos ampliamente todos los objetivos, en especial el de disfrutar de nuestra amistad por los caminos de la Trashumancia, nos despedimos satisfechos hasta la Marcha del año que viene.

Pilar Villalba y Pilar Villaverde

LA MATANZA



Cerdo, gorrino, guarro, cochino, marrano, puerco... Palabras que suenan a insulto y que sin embargo nombran al animal al que la gente deberíamos agradecer por ser en el pasado la mayor fuente de calorías para nuestra alimentación.

En nuestra infancia, la matanza del cerdo, además de ser un acontecimiento muy esperado por todos nosotros desde que empezaba el invierno, era una necesidad para que la familia pudiera comer algo de carne durante el resto del año. No es de extrañar, por tanto, que tan importante acontecimiento reunía a parientes y vecinos.

El desarrollo económico de los años ochenta casi hizo desaparecer esta tradición. Por un lado, la mejora del poder adquisitivo de las familias permitía el acceso a una mayor variedad de

alimentos. Por otro, la carne de cerdo tuvo que soportar la injusta fama de ser responsable de las grasas que se pegaban a nuestras caderas, por no hablar del colesterol.

Hoy estos mitos sobre la alimentación están siendo más matizados por los expertos en dietética. Este hecho y en especial las connotaciones culturales y sociales que entrañan la matanza del cerdo, han rescatado del olvido esta tradición, como así lo hicimos en nuestro pueblo el pasado mes de enero.

Pero volvamos a nuestra infancia. Los cochinos se guardaban en las cochiqueras ó cortes, que estaban en los corrales de las casas, o bien en los alrededores del pueblo. Solían ser construcciones de adobe, muy pequeñas y simples, con un gamellón en su interior donde se le echaba la pastura al cerdo. Las familias que podían criar más de uno, e incluso se hacía parir a las cochinas para luego vender las crías en la feria de los Santos.



Los hombres matan al cochino

Las mujeres eran las responsables de su cuidado. El menú consistía en patatas cocidas y otras sobras y desperdicios que se cocían a la lumbre, pero también se les echaba alfalfa.

Las matanzas abarcaban desde primeros de diciembre hasta finales de enero, aprovechando los meses de mayor frío para que se guardase bien la carne. Los preparativos empezaban el día anterior. Las mujeres cocían las cebollas para las morcillas en un caldero y la ponían a escurrir en sacos con unas piedras encima. Los hombres, por su parte, afilaban los

cuchillos, preparaban la gamella y traían la leña para los días siguientes en que la lumbre apenas se apagaba.

Ese día todo el mundo se levantaba temprano. Una vez llegados los familiares y vecinos, los hombres tomaban unas copas de aguardiente o anís, acompañadas de unos bollos de manteca. Los que éramos todavía niños y no podíamos ayudar, nos íbamos lejos de la casa para no oír los berridos del cochino, al que, por qué no decirlo, le habíamos tomado cariño después de haberlo visto crecer en nuestro corral.

Eran necesarios cuatro o cinco hombres para contrarrestar la enorme fuerza de un animal que podía pesar hasta 200 kilos, aunque los mayores, entonces, nos dijeran el peso en arrobas, tras comprobarlo en la romana de la Villa que corría de casa en casa.



Colocando al cochino en la escalera

El encargado de matar era alguien con gran destreza y serenidad en el manejo del cuchillo, que introducía en la papada del animal hasta hacer brotar un inmenso chorro de sangre. Junto a él, una mujer la recogía en un cubo y la batía para que no se cuajase y poder hacer con ella las sabrosas morcillas. Luego se le socarraban los pelos con una aliaga y, al mismo tiempo que le echaban agua hirviendo, se raspaba la piel con cucharas bien afiladas, hasta dejarla limpia y sonrosada.

Después se colgaba contra una escalera, se le abría en canal y se sacaba el menudo. En aquel momento aparecíamos por allí los críos de la familia para recoger la vejiga. La golpeábamos repetidamente y la inflábamos como si fuera un globo. Una vez seca se utilizaba para hacer zambombas.

A las mujeres jóvenes les tocaba una de las tareas más duras como era el ir a lavar el menudo al caz o al río, ya que la mayoría de las veces tenían que romper los témpanos de hielo. Con el arroz, la cebolla y la sangre, se amasaba el bodrio. En las tripas finas se embutían las morcillas

"delgadillas", que casi siempre se comían asadas en las parrillas mientras se hacía la tarea.

El bullicio continuaba en la casa durante todo el día, entre los humos de la chimenea y el tintineo de los cacharros que nuestras madres, tías y abuelas movían de un lado para otro. Por la noche los más allegados cenábamos juntos, casi siempre judías pintas y morcillas. Luego, mientras la lumbre se iba apagando, los mayores recordaban algunas historias, muchas veces de la guerra, y se jugaba a las cartas. También para los pequeños era la noche uno de los momentos más esperados, pues era sabido, que, a pesar de las protestas de nuestras madres, acabaríamos durmiendo con los primos o con las primas en aquellas enormes camas de muelles, en donde, a menudo, nos acoplábamos en la cabecera y en los pies.

El segundo día y los siguientes seguían siendo de gran actividad. El cochino, ya oreado, era descuartado por los hombres. La carne que se dedicaba a los chorizos se picaba y se condimentaba con pimentón y otras especias. Los chorizos, una vez embutidos, se colocaban junto con

las morcillas sobre una vara que cruzaba de lado a lado el techo de la cocina. Con la carne de peor calidad y con parte de las vísceras se hacía un embutido que se llamaba gueña. Los jamones se ponían a salar, con una enorme piedra encima para que soltaran la sangre. Los lomos se freían y se guardaban en ollas, y la careta y la panceta se adobaban y se colgaban en la campana de la chimenea al oreo del humo.



Ya está colgado



Las mujeres pelan los ajos

Del cerdo se aprovechaba todo. Una vez derretida la manteca, quedaban los chicharrones que se empleaban para hacer tortas. Con la manteca el panadero hacía los

famosos bollos llamados precisamente "de manteca".

Hoy, los amantes de la buena mesa, consideran que no hay manjar más exquisito que el que proporciona un cerdo criado a la antigua usanza. No se entiende un cocido sin su panceta que pringar, ni unas buenas judías sin la pata o la careta. El jamón o un tierno somarro forman parte de lo mejor de nuestra gastronomía. De ahí el dicho "del cerdo me gusta todo, hasta los andares". En Masegoso somos de esta misma opinión, por lo que esperamos que la matanza sea cada año, además de un encuentro gastronómico, una excusa para reforzar la amistad entre vecinos y amigos.

Pilar Villalba Cortijo



Las migas casi a punto

MI CALLE (CALLE DE LA IGLESIA)



Vista de la calle de la Iglesia en aquella época

¡Ay que bonito es recordar cuando se recuerda con cariño, como me sucede a mí!. En este caso concreto: “Mi calle”.

La recuerdo llena de vida; todas las casas habitadas. Casi todos los padres jóvenes y, como corresponde a esa juventud de los padres, los hijos jovencitos.

También había abuelos y abuelas; incluso alguna bisabuela, como era la tía Benita.

Como yo no tenía abuelas, ésta era mi preferida y de vez en cuando, por no decir todos los días cuando hacía buen tiempo, me la apropiaba para que hiciera de niñera de mi hermana Maribel y yo poder jugar como lo hacían mis amigas, pues solo tenía 7 años y mi madre me dejaba al cuidado de la pequeña mientras ella se ocupaba de las faenas de la casa.

Cuando ya crecimos un poquito, daba gusto ver esa juventud. Dos o tres hijos en cada casa, como mínimo.

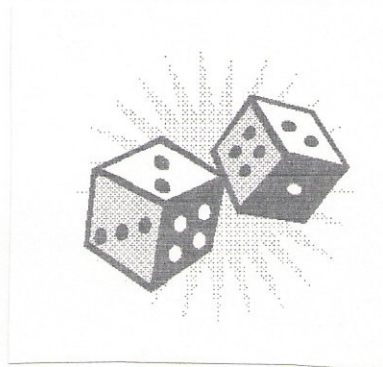
Nos llamábamos para ir a la escuela, para ir a por agua y, sobre todo, para ir a jugar.

¡Qué cantidad de juegos! Todos al aire libre y sin gastar ni una perra gorda. Qué divertidos:

- Al corro de la patata.
- Pasi misí, pasi misá.
- La gallinita ciega.
- El Marro.
- El Patio de mi casa.
- El Escondite.
- Estaba el Señor Don Gato.
- La Brisca.
- El Repelús.
- El Cinquillo.
- El Parchís.
- La Oca.
- El Hinque.
- Las Tabas.
- Las Chapas.
- Los Chinos.
- La Peonza o Trompo.

(Este solo para los chicos).

“ “ “ “ “
 “ “ “ “ “
 “ “ “ “ “
 “ “ “ “ “



y seguramente que se me olvida alguno.

Siempre mucho bullicio y mucha vida en el ambiente. Creo que éramos bastante felices.

También recuerdo que por las mañanas era como un rito el barrer la calle. Naturalmente después de que las caballerías hubieran salido de casa, ya que iban dejando sus excrementos por donde pasaban y no podía quedar eso enfrente de la entrada.

Aunque ahora no hay animales y, además, hay una persona que se ocupa de tener las calles limpias, a mí me gusta salir con la escoba y retirar las hojas secas que se caen de los árboles y siempre recuerdo y añoro a mis vecinas con las que siempre hablaba; principalmente a Mari y a Manolita.

Me gusta que llegue el buen tiempo para que de nuevo se vuelvan a ver las puertas abiertas y aunque la juventud ha dejado paso a otra edad, es agradable volvernos a ver.

Los domingos, cuando subíamos a Misa, como por la calle de La Iglesia venían también los de la casa del tío Ricardo, el Chiroles, el tío Justo, el tío Bernabé y los de la propia calle, parecía una romería. De verdad, lo recuerdo muy bonito.

Al salir de Misa, los mozos se solían quedar un rato en la taberna, que estaba en la esquina de la calle, en casa del tío Rufo y la tía Simona. Después sería la Andrea, una de sus hijas, quien siguiera con el negocio unos años más.

Naturalmente, el cambio experimentado en el pueblo no se ha hecho de la noche a la mañana. Yo me fui a los 16 años, pero cuando venía, lo seguía viendo prácticamente igual durante bastantes años.

Después de muchos años y habiéndome encontrado a gusto en el trabajo y en la ciudad donde vivo, he vuelto a mi calle de La Iglesia para descansar, y recuerdo con cariño a mis vecinos y amigos.

Estoy muy a gusto y me siento feliz de nuevo en mi calle de La Iglesia.

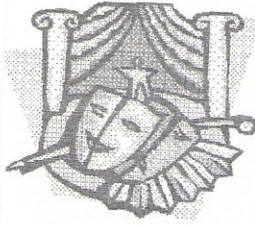
Anita Villaverde

**Estamos comprometidos
con la provincia de Guadalajara,
porque somos parte de sus
gentes, su historia, su cultura...**

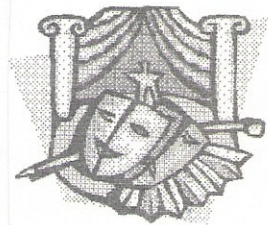


..la nuestra

CARNAVAL EN LOS AÑOS 60



*“El martes de Carnaval
de gitana me vestí
me fui al salón de baile
por ver quien había allí.”*



Esta canción cantábamos, allá por los años 60, un grupo de chicas, en un lugar que hoy queda en el aire, por la construcción de un puente y un pasadizo con los que la mayoría de los del pueblo no estamos demasiado de acuerdo.

Nos han quitado algo que recordamos con nostalgia “nuestra Cantarilla”. Allí esperábamos el Flora Villa, nos sentábamos en los “maracones” para charlar y por qué no, hasta para ligar, como decíamos entonces. También nos comíamos alguna manzana o ciruela, pues teníamos los árboles bien cerca. Había un manzano que era el predilecto, pues desde la carretera se veían tan coloraditas que era una tentación.

Pero en fin, volvamos al Carnaval que es de lo que trata este escrito. Si actualmente en el mes de agosto son varias las pandas que tienen problemas para encontrar un local donde tener su peña, lo mismo nos pasaba en aquellos años. En el mes de febrero necesitábamos un lugar para celebrar nuestro Carnaval, y tenía que tener chimenea para hacer la merienda y calentarnos.

Recuerdo varias casas donde hemos celebrado el Martes de Carnaval: en casa del Martín (el soltero), en el Tejar, lugar donde ahora no se podría celebrar (hay que hacer algo, por cierto. Todo llegará tiempo al tiempo).

Aquél año lo celebramos en una vivienda provisional (mi casa de ahora). Para la merienda no recogíamos ni céntimos (ya existían), ni pesetas, ni euros. Eramos muy ecologistas y con nuestra cesta de mimbre íbamos de casa en casa recogiendo patatas de la vega, huevos del corral, torreznos y chorizos de nuestros cochinos y canteros de pan del horno del Pepe.

Con todo ello hacíamos nuestra merienda, con la tortilla disfrutábamos de lo lindo, ¡no veas para darle la vuelta!

A la caída de la tarde, después de haber comido y dejado algo para la merienda; y procurando dejar el fuego con ascuas nos fuimos al rosario, pues en aquella época era de obligación.

Las chicas si cumplíamos con la obligación, pero el sexo contrario se dedicó a otros menesteres.

Cuando llegamos a nuestra “casa”, heladas de frío por cierto, nos pusimos a echar una buena lumbre para merendar. Se armó una humareda que allí no se podía parar, “¡Qué poca maña teníamos para la lumbre!” Abríamos la puerta, salíamos, lo volvíamos a intentar, pero seguíamos igual. En este entrar y salir y pasarlo en grande, vimos a otros que se lo estaban pasando mejor aún que nosotras. Ellos no habían ido al rosario, pero si se habían dedicado a tapar la chimenea.

Yo ahora pienso que no podía ser de otra manera. Por algo cantaban entonces Los Bravos:

*“Los chicos con las chicas
tienen que estar,
y estando todos juntos
han de cantar...”*

Pero como no estaba bien visto lo que la canción decía, al año siguiente lo volvíamos a celebrar sin chicos, y no por la trastada que nos hicieron, pues creo recordar que tuvieron la delicadeza de subir al tejado y destapar la chimenea.

Lo que sí celebrábamos juntos era el Jueves Lardero. Esto era algo distinto. A eso de las nueve y media o diez de la mañana, desde las escuelas cada uno con nuestra merienda en el talego, y sin mochilas, pues aquí no habían llegado, nos dirigíamos por las eras a la Dehesa, a la Fuente del Guarda”. Esta salida de todos juntos era organizada por D^a América, D. Juan y D. Julián. La verdad es que lo pasábamos bien, pues además de merendar nos organizaban juegos, y ese día no estábamos separados como en los patios de las escuelas. En el campo no había barreras.

Estos momentos son inolvidables y cada Martes de Carnaval, o cada Jueves Lardero procuro cenar tortilla de patata, es una forma de recordarlo.

Celia López



LA ESPIGA Y EL PAN



Sembrador

El labrador avanzaba con firmeza entre los surcos. En su brazo izquierdo llevaba colgado un recipiente lleno de granos y con la mano derecha iba echando rítmicamente puñaditos al suelo, lanzándolos hacia adelante. Estaba sembrando trigo.

El suave sol otoñal estaba ya encaramado en lo alto de los cerros. El aire era limpio y la mañana fría. Pero él iba bien abrigado. Bajo la chaqueta de pana negra, dejaba ver un grueso jersey de lana, tejido a mano, al igual que sus calcetines que también asomaban sobre las toscas abarcas de goma. Una gorra de fieltro negro, ligeramente inclinada hacia el lado izquierdo, le protegía la cabeza, dejando al

descubierto algunos cabellos también muy oscuros y algo rizados. Largos y rectos surcos de tierra rojiza se extendían ante sus ojos. El hombre miraba con satisfacción aquellos surcos, tan derechos, mientras avanzaba. Los había trazado él mismo con su arado y su yunta de mulas, La Lucera y La Morena, algunos días antes. Le gustaba su trabajo.

Miles de granos fueron cayendo así, unos junto a otros, sobre los surcos. Uno de ellos, al que podría considerar mi madre, hizo posible mi nacimiento. Así fue mi origen aquella soleada mañana del mes de noviembre. Soy una espiga de trigo, y nací de uno de aquellos granos.

El terreno era fértil y se encontraba en el mejor momento para recibirlos. El otoño estaba avanzado y habían llegado ya los primeros fríos. Pero aún podían contemplarse las hojas de los árboles en toda su variedad de tonos amarillos, ocres y marrones.

Pronto llegó el invierno. El frío aumentó y aparecieron las

heladas. Árboles y plantas perdieron sus últimas hojas. El paisaje se hizo más monótono. Los granos de trigo permanecieron largo tiempo bajo la tierra, húmeda y fría. Llovía con frecuencia, y a veces amanecía todo cubierto por un blanco manto de nieve que tardaba mucho tiempo en desaparecer. Y así, lentamente, con su intenso frío, sus largas noches y sus cortos días, fue transcurriendo el invierno.

Pero, al fin, llegó la primavera. Y trajo con ella una gran eclosión de vida. El campo se llenó de color. Tímidamente al principio, y con gran fuerza más tarde, todo se iba cubriendo de verde. El trigo ya germinado también fue asomando poco a poco al exterior. Al principio sólo eran pequeños tallitos, delicados y frágiles. Más tarde fueron cubriendo extensos terrenos. Florecillas silvestres aparecían y coloreaban cualquier rincón. Los animales también parecían más contentos mientras se preparaban para recibir a sus crías. Algunos cantaban continuamente, especialmente los pájaros.

El trigo crecía y crecía, y las espigas, empezamos a formarnos.

Aquellos fueron tiempos felices. El sol nos acariciaba cada mañana. A veces, una inesperada lluvia nos daba un remojón que nos divertía mucho. Luego la suave brisa nos secaba. Pasábamos los días mirando al sol, a las nubes o a los pájaros. Las mariposas con sus alegres colores se posaban sobre nosotras y nos hacían cosquillas. Alguna vez, el viento nos obligaba a mirar al suelo, allí estaban las hacendosas hormigas sin parar de trabajar. En ocasiones, jugábamos a chocar unas con otras; y a todas nos gustaba mucho bailar con la brisa del atardecer moviéndonos rítmicamente como las olas del mar. Por la noche, la luna iluminaba nuestro campo y nos acariciaba con su luz plateada, mientras algunas estrellas nos hacían guiños desde lo más alto del firmamento. Fue la etapa más divertida de mi vida, pero también pasó.

Transcurrido algún tiempo, la primavera cedió su puesto al verano. El intenso verdor del trigo joven fue perdiendo intensidad para ir dejando paso al cálido dorado de la madurez. Los campos fueron cambiando su color y su aspecto. Yo también maduré. Me había ido llenando de menuditos granos de trigo, que apiñados unos a otros,

me hacían aumentar de tamaño, día a día. Ahora era una hermosa espiga dorada. Me sentía plena de vida y disfrutaba meciéndome al viento, acariciada por un sol mucho más intenso.



Trigo.

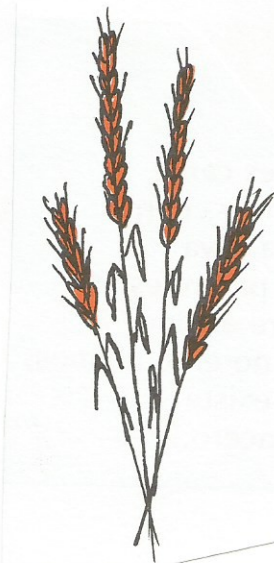


Una mañana de sofocante calor apareció el labrador. Ya nos había visitado en otras ocasiones, mirándonos con agrado, quitándonos hierbas molestas, o lanzando abono sobre la tierra que nos alimentaba. Pero, en esta ocasión, era diferente. Vestía unos ajados pantalones de pana muy raídos y una vieja camisa remendada. Sobre su cabeza llevaba un sombrero de paja también muy usado y algo

descolorido. Pero lo que nos impresionó de él, fue una herramienta de forma curva y afilada que llevaba en la mano y brillaba al sol, lanzando destellos, cuando él movía la mano al caminar. Me estremecí al verla. No sabía que iba a hacer con ella, pero pronto lo averigüé. Era una hoz, y el sembrador de antaño, ahora era un segador. Un temblor me sacudió cuando ví caer a mis primeras hermanas. Pero una de ellas, antes de que nos cortaran, me explicó algo muy interesante, algo que hizo que no me sintiera triste ni asustada, sino útil y necesaria.

Ella había oído contar que con muchas de nosotras los hombres hacían algo que apreciaban extraordinariamente. Algo tan importante para ellos que, para conseguirlo, eran capaces de trabajar durante meses, con frío o calor, con viento o lluvia, nublado o con sol. Algo que necesitaban para vivir. Algo que llamaban PAN.

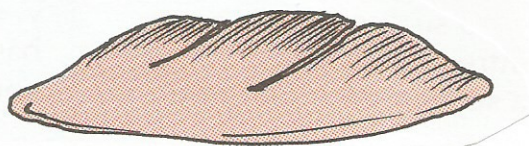
Nos habían sembrado para eso. Y nos habían cuidado durante meses. Nos habían quitado las hierbas, especialmente los cardos, y nos habían procurado alimento complementario para que



creciéramos sanas y fuertes. Ahora venían a recoger el fruto de su trabajo: Nosotras.

La idea de ser necesaria me tranquilizó. Empecé a sentirme mejor. Ví aproximarse al segador sin sentir miedo. Era un hombre joven y fuerte. Ya lo conocía. Lo había visto otras veces. Era el mismo que tiempo atrás nos había sembrado. En esta ocasión sudaba mucho y estaba muy fatigado. Al acercarse a mí, se detuvo un momento y se quitó el sombrero, para limpiarse el sudor de la frente con un pañuelo blanco, que sacó de uno de sus bolsillos. Su cabello oscuro y rizado estaba humedecido y su piel tostada y curtida por el sol. Me miró, durante unos segundos, con sus profundos ojos negros. Después se agachó para cortarme. No me dolió. Ahora que sabía mi destino estaba tranquila.

Cuando terminó de cortarnos a todas, el hombre nos colocó cuidadosamente en haces, y nos ató. Nos quedamos algún tiempo muy juntas y algo apretujadas e incómodas.



Más tarde, nos subieron a lomos de dos animales que nos llevaron hasta otro campo, muy distinto al nuestro, sin surcos, más plano. Las personas que había allí le llamaban la era. Nos pusieron junto a millones de hermanas nuestras procedentes de otros campos que ya estaban allí, colocándonos apiladas y formando con ellas un enorme montón, "la cina." Más tarde, nos desataron y nos tumbaron en el suelo. Me sentí muy aliviada. El sol nos inundaba por completo y se estaba muy bien en aquél lugar, todas juntas, descansando del ajetreado viaje, mirando al cielo tan azul y luminoso.

Pero el descanso duró muy poco. Relajadas y tranquilas, ni siquiera vimos de donde salieron, las enormes patas de dos animales, que de pronto empezaron a dar

vueltas sobre nosotras, pasándonos por encima. Y volvieron a hacerlo, una y otra vez, multitud de veces, durante todo el día. Llevaban arrastrando una tabla que nos arañaba una y otra vez. Creo haber oído que los animales eran dos mulas, La Lucera y La Morena, las mismas que nos habían traído en su lomo hasta la era. Ahora arrastraban un trillo con la intención de triturar la parva, es decir a nosotras. Oí muchas palabras nuevas en muy poco tiempo. Todo iba ahora muy deprisa para mí.

Al fin, al atardecer cuando entre el trillo y las mulas y con tantos golpes y pisotones, habíamos desprendido todos nuestros granos, nos pusieron en un gran montón de forma cónica. Fue un día agotador.

El siguiente se dedicaron a separar el grano de la paja. Lo hicieron con una extraña máquina, alrededor de la cual se afanaban varias personas. Cada uno hacía una función diferente. El más fuerte daba vueltas a una especie de rueda que hacía funcionar la máquina. El más joven, apenas un niño, se encargaba de ir retirando hacia atrás con un rastrillo los granos

limpios, formando con ellos un montoncillo en el que a medida que crecía, iban quedando sepultados sus propios pies. Me hubiera gustado descansar un poco. ¡Estaba tan cansada del día anterior!, pero para ellos era muy importante continuar su proceso. De vez en cuando se detenían a beber agua de algo que llamaban botijo, se limpiaban el sudor, y volvían a su trabajo.

Más tarde, o quizá fuera otro día, con tanto cambio ya no lo recuerdo bien, metieron los granos en unas grandes bolsas a las que llamaban sacos. Bien atados, los subieron a un carro tirado por La Lucera y nos llevaron a un nuevo sitio. ¡Qué trajín de un lado para otro!

El nuevo lugar parecía agradable y bonito. Estaba situado junto a un arroyo de cristalina y ruidosa agua. Había mucha vegetación en sus orillas, sobre todo juncos, varios arbustos, e incluso algún árbol que proporcionaba una agradable sombra. Era el molino. Allí, el molinero trituró todos nuestros granos con una gran piedra que giraba sobre otra hasta conseguir aplastarnos. Pero no nos importaba.

Ya sabíamos que tenían que convertirnos en harina para hacer su preciado pan.

Después, la harina conseguida nuevamente la metieron en otros sacos más largos, estrechos y de tejido más fino, que llamaban costales y la transportaron a otro lugar: La panadería.

Allí, fue el panadero el que completó el proceso con su esmerado trabajo. Con maestría fue mezclando la harina con agua, le añadió sal y levadura y trabajó con sus manos la masa obtenida hasta adquirir la consistencia necesaria. Luego fue formando unos hermosos panes redondos. Más tarde, cuando consideró que era el momento justo, los metió en el horno. Allí sí que hacía calor. También él sudaba. Cuando estuvieron a punto, los sacó con una pala de madera que tenía un rabo muy largo y los fue colocando en grandes cestos de mimbre. ¡El pan ya estaba listo!

A las afueras del pueblo, había una pequeña casa solitaria. Allí terminé mis días. Estaba rodeada de algunas dependencias para los animales y de un huertecillo en el que se apreciaban hortalizas diversas madurando

lentamente al sol, junto a algunos frutales cargados de fruta todavía verde. Algunas gallinas picoteaban el suelo en busca de alimento. Se oía, algo más lejano, el balido de algunas ovejas y un viejo perro dormía tranquilamente a la sombra de un arbusto. Macetas de geranios repletos de flores rojas, rosadas y blancas adornaban las ventanas y en una cuerda, atada a dos árboles próximos a la entrada, algunas ropas tendidas se secaban al sol. Era el hogar del labrador. Vivía allí con su familia: su mujer, sus tres hijos y el abuelo. La hija pequeña se llamaba María. Su cara, pálida y delgada, la enmarcaban dos hermosas trenzas de cabello castaño que caían por sus hombros, rematadas por dos lazos de color azul. Sus ojos oscuros, casi negros, parecían algo tristes. Era la hora de comer y la pequeña tenía hambre.

Cuando su madre le dio un dorado, esponjoso y crujiente pedazo de pan recién hecho, su cara se iluminó y sus ojos recobraron vida. Yo formaba parte de aquél pedazo de pan. Se había elaborado con la harina de mis granos. Yo, ya no era una espiga. Hacía tiempo que había dejado de serlo. Ahora era PAN.

Mis pequeños granos, junto a otros muchos, se habían transformado con el trabajo, el esfuerzo y el sudor de los hombres, en sabroso pan con el que saciar el hambre de María.

Con gran delicadeza la niña me tomó en su mano mirándome con satisfacción, como a un preciado tesoro. Me sentí bien bajo aquella mirada limpia e

inocente, dispuesto a dar mi vida para mejorar la de ella.

Y, mecido por su cálida y suave mano, me fui quedando dormido, mientras esperaba que mi destino terminara de cumplirse.

Pilar Villaverde

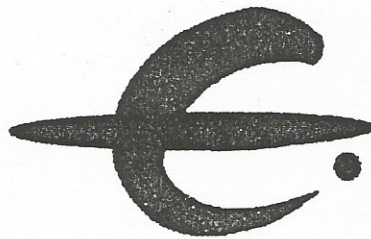


Cesto con pan recién hecho

La Cultura es uno de los objetivos prioritarios de Ibercaja

Desde siempre

iberCaja



MEMORIAS DE UN SUPERVIVIENTE

Yo tenía once años cuando empezó la Guerra Civil. Era verano y estaba acarreando la mies con las mulas. Recuerdo como si fuera hoy que empezamos a oír explosiones que venían de la parte de Guadalajara, pero entonces, sin radios, periódicos y menos aún televisión, no sabíamos que es lo que estaba pasando porque, para nosotros, el mundo se acababa casi

entendía muy bien, pero que tampoco me atrevía a preguntar, acostumbrados como estábamos a callar y a obedecer. Luego alguien dijo que era porque nos había tocado la zona "roja" y era una forma de decir a que bando pertenecíamos.

El bando "rojo" que había tomado el pueblo no era favorable a



Masegoso en 1937

en las mojoneras de nuestro pueblo.

Al día siguiente empezaron a llegar muchos coches, algo muy extraño en aquel tiempo. Los que vinieron en ellos nos obligaron a llevar un trapo rojo atado al brazo, algo que yo, como niño que era, no

la religión. Un día sacaron a la calle a todos los santos de la iglesia y les prendieron fuego, lo mismo que al altar mayor. A mí aquello, como chaval que era, me dejó muy impresionado.

Después de los santos vinieron los curas. Recuerdo que al de Masegoso se lo llevaron en un coche, a la cárcel de Guadalajara y sólo por el delito de ser cura. Al poco tiempo se corrió la voz de que lo habían fusilado en la misma cárcel, aunque nadie se atrevía a protestar ni decir palabra, no le fuera a ocurrir lo mismo.



Tropas republicanas en el frente de Guadalajara

Poco después, el cura de las Inviernas, que era nacido en Solanillos, corrió la misma mala suerte. Parece ser que venía en dirección a las Inviernas, cargado con los hatos del campo para pasar

desapercibido, como un labrador más, pero unos cuantos le esperaban en el alto del puente de Masegoso, y allí le dieron el alto. Algunos vecinos del pueblo vieron como detuvieron y sintieron impotencia y mucha lástima porque decían que era un chico joven que no podía haber hecho nada malo. Los que le detuvieron tuvieron el valor de burlarse de él, porque le hicieron correr y al poco tiempo se oyeron algunos tiros. Lo enterraron sus mismos verdugos en el lugar que algunos conocemos como "el Pedazo del Cura", a mano derecha de la carretera, pasados los Cerrillos.

Aquel asesinato nos dejó muy impresionados y cada vez con más miedo. Y es que, en aquellos tiempos de pocos conocimientos y menos luces, el tener envidias o "malos quererres" era algo muy peligroso porque algunos lo aprovechaban para acusarte de ser del bando contrario, aunque nunca te hubieras metido en política. Así que, el miedo crecía, sobre todo cuando llegaba la noche que era el momento en que los cobardes aprovechaban para hacer los mayores crímenes y fechorías. Recuerdo como temblábamos cuando caía la obscuridad y los

sentíamos patrullar las calles con los fusiles al hombro. Cualquiera de nuestros familiares podía ser el siguiente desgraciado. Sólo hacía falta que hubieran hecho "unas perrillas" y alguien le tuviera envidia.

Pero todavía no había pasado lo peor. Con mucho miedo y más necesidad, por lo menos teníamos el techo de nuestra casa bajo el que cobijarnos. Pero llegó el momento en que quedamos entre el fuego de los dos bandos y tuvimos que abandonar el pueblo donde habíamos vivido toda nuestra vida. Aquello supuso para las familias una desgracia todavía mayor. El que las tenía cargó las mulas con los jergones y lo poco que pudo sacar, y con la familia detrás, algunos muy mayores, nos fuimos desparramando por donde pudimos y quisieron acogernos. De esta forma tan lastimosa llegaron algunas familias a los pueblos de los alrededores e incluso hasta los de la provincia de Cuenca. Fuera de nuestro pueblo, la vida todavía se hacía más dura. Sin cosecha para poder comer y viviendo de la caridad de los que nos acogieron, que, por otro lado, nunca podremos agradecer lo suficiente mientras vivamos.

La guerra terminó y todos, incluidos los chicos que ya nos habíamos convertido en hombres, nos alegramos mucho y con los pocos trastos que aún conservábamos, emprendimos la vuelta al pueblo. Pero si la salida había sido muy triste, no lo fue menos la vuelta. Nuestra vida ya nunca sería igual, porque nos encontramos con que nuestras casas, lo único que teníamos, habían sido destruidas. Teníamos que empezar desde abajo pues no nos quedaba nada: ni lugar donde cobijarnos ni pan qué comer, pues, salvo en el caso de algunos que vinieron a escondidas a labrar, no teníamos cosecha. Solo dos casas, tras el juego de pelota, quedaron en pie, así que nos tuvimos que refugiar en las chabolas que dejaron los soldados y en los corrales del campo, compartiendo el sitio con los animales. Algunas familias, como la de la tía Emilia, se albergaron en un refugio subterráneo de las tropas, hoy ya cegado, en cuyo recuerdo recibe su nombre el cerro en el que se encuentra. Para colmo de desgracias, ni el poco dinero que pudimos guardar de antes de la guerra nos servía para nada, ya que el nuevo gobierno no lo reconocía como legal.



Tanques avanzando a la altura de Trijueque (*)

Los años que siguieron todavía fueron muy difíciles, aún disfrutando ya de la paz y no habiendo sufrido nuestro pueblo de demasiadas muertes. Poco a poco, Regiones Devastadas, fue construyendo las casas que hoy conocemos y nos las fue entregando. Pero todavía carecíamos de todo lo necesario para vivir. Entonces, los obreros que tenían la suerte de tener un jornal ganaban unas siete pesetas, y el campo, al que nos dedicábamos

la mayoría, sin abonos ni buenas semillas, apenas daba para ir tirando.

Desde que ocurrió todo aquello ha pasado mucho tiempo. Quizás demasiado. Pero aquellos tristes recuerdos que viví en mi niñez cada vez están más presentes en mi memoria. Hoy, viendo en la televisión las guerras que se libran en otros países, sobre todo las caravanas de gentes que escapan de los bombardeos, no puedo por menos que recordar aquellos días amargos. Pienso por mi propia experiencia, que es tanto el dolor que causa una guerra, que nunca está justificada y es la mayor calamidad que puede sufrir un país, pues aunque la economía llega un momento en que se recupera, la pena y el sufrimiento acompaña a las personas durante toda la vida.

Rafael Gonzalo Granizo

DICCIONARIO ALCARREÑO

Aparar.- Contrariamente a lo que ocurre con otras expresiones de la tierra, esta palabra sí viene recogida en el Real Diccionario de la Lengua: Aparar: "Sujetar firmemente la embocadura de un saco u otro recipiente similar para facilitar la introducción de algún producto en su interior". No obstante, esta palabra parece haber caído en desuso en las generaciones modernas por lo que nos disponemos a recordarla en el sentido que la utilizábamos durante nuestra infancia: "*¡Apara bien ese saco que se está cayendo todo!*"

La expresión se podía escuchar un montón de veces, en las eras, recogiendo el grano ó en la Vega, en el tiempo de recoger las patatas o las judías. Aparar el saco o costal para que los mayores volcaran la media de cebada o la espuerta de patatas, era tarea de los más pequeños que así empezábamos a colaborar en las tareas del campo. Con frecuencia se nos escapaba la boca del saco y las patatas acababan en el suelo, y en ese caso era casi seguro que nos ganábamos un capón o un manotazo de los mayores.

Cascabullo.- Llamábamos así a las pezuñas de los cerdos que, después de las matanzas, rodaban durante mucho tiempo por calles y muladares. Quizás por su ligereza y escaso peso, "cascabullo" era una acepción cariñosa que a veces se utilizaba con los niños pequeños. Con motivo de la matanza que celebramos todo el pueblo, el pasado mes de enero, algunos volvimos a ver con regocijo los cascabullos rodando por los jardines de las escuelas.

Llenarse.- No sólo significa colmarse de algo. Especialmente para los chicos y chicas de nuestra generación significaba *mancharse*. *¡Ponte ese delantal que si no te vas a llenar!*

Orete.- Palabra que también vino a nuestra memoria, gracias a la reciente matanza. El cochino se dejaba al "orete" hasta la mañana siguiente en que se descuartaba. No es necesario decir que significa dejar algo al fresco para que se oreo o ventile.

Pilar Villalba

RINCON DE LA POESIA

EL PUEBLO ESPAÑOL TIENE UN CAMINO QUE CONDUCE A UNA ESTRELLA

Un pueblo que respeta lo mejor del pasado
Sabido que el presente es don de otros ayeres,
Y mira hacia el futuro con tesón y entusiasmo
Sembrando entre sus surcos semillas de progreso

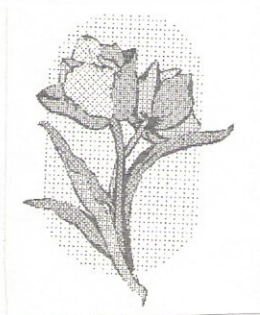
Un pueblo que transforma espadas en arados
Y recicla las lanzas en aperos pacíficos,
Que no inclina su frente, ni acepta vasallajes,
Que es libre y solidario, dueño de su destino...

Un pueblo abierto y sabio, que ama su cultura
Y basa en la razón su fuerza convincente
Que ofrece cada día a sus hijos y jóvenes
Las aguas del saber y el pan de la justicia...

Este pueblo, poblado de hombres y mujeres
Honrados y sencillos como héroes anónimos,
Y hermanos de otros pueblos, es mi pueblo alcarreño.
El que tiene "un camino que conduce a una estrella".

Alberto Sánchez

(Esta poesía fue enviada como felicitación de Navidad al pueblo de Masegoso por el Consejero de Educación y Cultura de la Junta de Comunidades, como reconocimiento a nuestro esfuerzo por mantener nuestras tradiciones en el Museo del Pastor)



LA FUENTE VIEJA

Si la Fuente Vieja hablara
¡Cuántas cosas nos diría!
y la tenemos olvidada
como una cosa perdida.

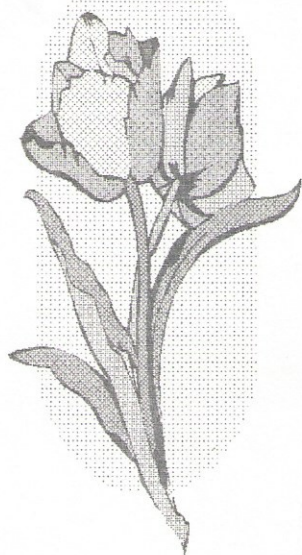
Sin embargo, no está muerta,
que al pasar siempre nos mira.
Y a mí, se me cae el alma
cuando la veo escondida.

Por las tardes, las mocitas
muy coquetas y arregladas,
so pretexto de agua fresca,
con el novio se encontraban.

Por eso, yo propondría
descubrir ese pilón,
sacar a flote los caños
y plantar alguna flor.

el camino de la fuente
sería bien bautizado,
“El camino de los novios”
recordando el pasado.

Anita Villaverde



EL RINCON DE LA BUENA MESA

RECETA FACIL Y RAPIDA
QUE SUELE ENCANTAR A LOS NIÑOS

PECHUGAS DE POLLO AL HORNO

Ingredientes:

- Filetes de pechuga
- Mantequilla
- Beicon
- Tomates
- Lonchas de queso
- Orégano
- Sal



Las cantidades de los ingredientes estarán en función del número de comensales.

Preparación:

Untar una bandeja de horno con mantequilla. Colocar en ella los ingredientes formando distintas capas. En primar lugar los filetes de pechuga con poca sal. Sobre ellos una capa de lonchas finas de beicon. Encima, otra de lonchas de queso. Y por último, otra capa de rodajas de tomate.

Espolvorear por encima con un poco de orégano y poner en el horno previamente calentado, a temperatura media. Cuando observemos que ya esta hecho lo pondremos a gratinar durante unos minutos.

¡Qué aproveche!

Celia López

¡GRACIAS, ANITA!

Tus alumnas y la Asociación de Amigos te da las gracias por ese tiempo que nos dedicas con tanto entusiasmo.

Es un momento para dejar a un lado la plancha, la costura, o cualquier otra faena doméstica.

Es un tiempo para juntarnos, charlar, pasarlo bien, especialmente con las ocurrencias de Pepita, desconectar de la casa, ponernos en forma y mejorar la salud.

Sigue con ese entusiasmo. Tienes alumnas, local, algún aparato, ¿Formaremos un gimnasio? Todo puede ser. De momento, lo mejor es seguir, y que no haya “parón”, pues el cuerpo lo acusa.

¡Gracias de nuevo, Anita!

Tus alumnas

PASATIEMPOS**AHORA A DISCURRIR:**

Hace unos días oí a una persona decirle a otra:

“Cuando yo tenía la edad que tú tienes, tú tenías la mitad de la edad que yo tengo. Cuando tu tengas la edad que yo tengo, sumaremos entre los dos 63”

Me quedé muy intrigada, y me pregunto ¿Cuántos años tiene cada uno en este momento? ¿Lo sabes tú?



Otro de conductores: (pero a éste y a su familia no los conocemos en Masegoso)

Un policía detiene un vehículo en el que viaja una familia y le dice al conductor:

-¡Enhorabuena, señor! Acaba Vd. de ganar el "Premio al Mejor Conductor del Año." Es de 6.000 Euros (un millón de Ptas). Dígame: -
-¿Qué piensa hacer con el dinero que acaba de ganar?

El conductor responde:

-Pues... lo primero me voy a sacar el Carnet de Conducir.

Su mujer que va sentada a su lado, le dice entonces al policía:

-No le haga caso Sr. Agente. ¿No ve que está borracho?

Y la abuela, sorda como una tapia, que iba sentada atrás añade:

-Ya sabía yo que con un coche robado no íbamos a ninguna parte.

SOLUCION A LOS PASATIEMPOS DEL NUMERO ANTERIOR:

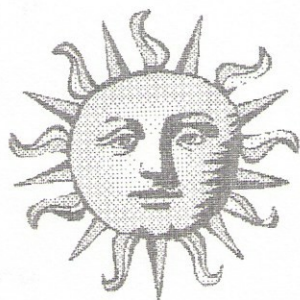
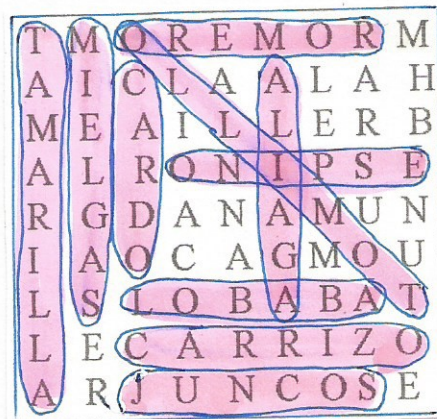
Sopa de Letras:

Hierbas: Romero, espino, ababol,
(o arbustos) carrizo, juncos, tamarilla,
mielgas, cardo, aliaga,
y tomillo.

Refrán: Mala hierba, nunca muere.

Ahora a discurrir:

Las palomas eran 36



En la elaboración de este número de nuestra revista han colaborado:

- Javier Casas
- Asunción Casado
- Carlos Estalayo
- Rafael Gonzalo
- Celia López
- Alberto Sánchez
- Luisfer Villalba
- Pilar Villalba
- Anita Villaverde
- Pilar Villaverde



Junta de Comunidades de
Castilla-La Mancha

**FINANCIANDO NUESTRA LABOR
SOCIAL Y CULTURAL**

Deposito Legal N° GU-3251997-5

ALTO LLANO Revista Cultural de Masegoso de Tajuña
ASOCIACION DE AMIGOS DE MASEGOSO